

Zoos

Selección natural

La creciente preocupación por el bienestar de los animales, alimentada en España por la celebración de fiestas populares donde el maltrato es habitual, ha vuelto a colocar el tema en la primera plana de los medios de comunicaciones y las redes sociales. ¿Hasta qué punto nos debemos preocupar por el trato dispensado a los animales en una sociedad decididamente carnívora? ¿No hay hipocresía en el hecho de pretender defender su bienestar cuando hay toda una industria alimentaria basada en su explotación?

Text: Raúl Martínez

Fotos: Ignacio Evangelista

La mayoría de los movimientos animalistas consideran que es perfectamente compatible admitir que nos podamos alimentar de carne pero procurando que las condiciones de vida de los animales sean los más dignas y respetuosas para ellos.

En este sentido se hace cada vez más presente la cuestión de la pertinencia de la existencia de los parques zoológicos. Recientes y lamentables episodios han colocado el tema sobre la palestra: el sacrificio de una jirafa en Copenhague por riesgo de endogamia con los demás ejemplares presentes, la muerte de un panda rojo en el zoo de Vancouver o la de un oso polar en el de Santiago de Chile ya habían ido suscitado fuertes protestas.

Pero sin duda ha sido el episodio del gorila Harambe en el zoo de Cincinnati el que mayor polémica ha despertado. En su amplísima difusión tiene mucho que ver el hecho de que la escena del pequeño de tres años que, por un descuido de los padres, acabó en el foso del gorila quedó perfectamente captada por la cámara de un espectador. Los especialistas coinciden en la idea de que el gorila no tenía intención de hacerle daño al crío pero que su brusquedad a la hora de arrastrarlo por el agua sí podía suponer un peligro para el pequeño. Acertada o no, la ejecución del primate fue una decisión dolorosa para los responsables del zoo que se tuvo que tomar en cuestión de minutos con la vida de un niño de por medio.

La verdadera cuestión aquí es: ¿qué sentido tiene apartar a estos animales de su hábitat natural y colocarlos en espacios acartonados y artificiales, en condiciones climáticas que nada tienen que ver con las suyas, y muchas veces narcotizados para asegurar su docilidad? Es decir, ¿un león sigue siendo un león cuando está apartado de la selva, no tiene que cazar y vive en una fría ciudad del norte de Europa?

Si estas cuestiones apenas tenían sentido cuando se crearon los primeros zoológicos, una época en la que los derechos de los animales no merecían atención alguna, las cosas han cambiado en la actualidad.

En varios lugares del mundo se está debatiendo (y en contadas ocasiones también aprobando) la pertinencia de acordar a los animales derechos, especialmente en cuanto a los primates se refiere, llegando incluso al punto de referirse a ellos como “personas no humanas”.

Entre estos derechos se encontraría evidentemente el de poder vivir en su entorno natural y no en espacios dirigidos a su explotación como espectáculo viviente.

La serie de fotos realizadas por Ignacio Evangelista en zoos de toda Europa se centra en la absurda situación que viven estos animales, animales que necesitan mucho más que agua, comida y atención médica, animales para los que el entorno salvaje es parte de su naturaleza y que se encuentran encerrados en lo que no es más que una cárcel de cartón, plástico y piedra.

